

XENIA RELOBA

# El compromiso con la evidencia

## Entrevista a Anita Leocadia Prestes

**E**n los años ochenta, ante la perspectiva de que se perdiera uno de los testimonios vivos más trascendentes de la historia de Brasil, Anita Leocadia Prestes inició una investigación. Contaba con la palabra de su padre, Luiz Carlos Prestes (1898-1990), con no pocas fuentes indirectas y un montón de preguntas. Estaba sumida en la monumental tarea de desentrañar los antecedentes y la trayectoria de la Columna Prestes, fruto del movimiento conocido como tenientismo, y que recorrió veinticinco mil kilómetros de la geografía del país sudamericano entre 1925 y 1927. Anita tomó como brújula el pensamiento del inglés Hobsbawm: «el compromiso del historiador con la evidencia».

«Para mí, el trabajo del historiador es tener en cuenta el mayor número posible de fuentes documentales, y hace ya bastante tiempo que se considera el testimonio oral como una fuente importante. Pero no basta para explicar una realidad», comentó Anita, antes de adentrarse en una generosa conversación que recorrió momentos de la biografía política de Prestes, aspectos de una historia no pocas veces vetada a sus conciudadanos y, desde luego, sus concepciones acerca de la misión del intelectual marxista.

«Nunca vas a conseguir ver todo, evidentemente, pero el historiador debe esforzarse por encontrar el mayor número posible

*de documentos de todos los tipos, y a partir de ellos elaborar su visión de los acontecimientos. Es un trabajo artesanal, a partir de todas las informaciones, elaborar la versión más próxima a la realidad. Y también rescatar lo que es fundamental para no perderse en muchos detalles: mucha minucia, frecuentes errores, y poco análisis o interpretación de los acontecimientos. El trabajo del historiador, al menos del historiador marxista, debe ser explicar de forma racional lo que ocurrió para que los lectores se apropien de ese conocimiento», sentenció.*

*A partir de ese momento «me sirvió» una lección de rigor cuyos ecos llegan vívidos, un año después de aquel encuentro en la Galería Latinoamericana de la Casa de las Américas, a raíz de la circulación en Cuba de La Columna Prestes, Premio Casa de Literatura brasileña (1990), presentado en La Habana en el año 2011.*

*Hay un aspecto de la creación, y creo que del trabajo del historiador, que es la motivación, el punto de partida. ¿Por dónde empezó esta historia de Prestes desde Anita Leocadia?*

Mi primer aporte, que fue *La Columna*, lo escogí porque tenía esta preocupación, esta urgencia, debido a la edad de mi padre. Él tenía más de ochenta años, no iba a vivir mucho más tiempo, y temía que se perdiera su testimonio. Había que aprovechar que estaba vivo, y empecé por ahí. Después tenía la idea de ir estudiando varios momentos, cronológicamente, porque una cosa se conecta con la otra, para llegar más adelante a escribir una biografía política de él, algo que no existe.

Mi tía Lygia había guardado por mucho tiempo las cartas de mi padre. Hubo momentos de mucha represión en que consiguió sacarlas de la casa, salvarlas. Tenía la aspiración de publicarlas algún día.

A finales de 1994 –yo era profesora en la Universidad Federal de Río de Janeiro–, resolvimos que íbamos a trabajar para publicarlas. Organizamos todo el material y en el tiempo libre que teníamos copiábamos las cartas a máquina. Por la noche co-tejábamos. Nos tomó un año. Son novecientas cartas. Luego fuimos a ver quién las publicaba. Había una institución, el Archivo Público del Estado de Río de Janeiro, cuya directora en el año 2000 se interesó. Sacamos el primer tomo. Para el segundo y el tercero no había dinero, hasta que otra editorial importante en Brasil, Paz e Terra, luego de que Lygia y yo dejáramos claro que no queríamos ganar nada por derechos de autor, aceptó, y en 2002 conseguimos reditar el primer tomo y publicar los otros dos. Esto fue muy importante para mi tía, porque estaba afligida ante la perspectiva de morir y no poder publicarlos.

*¿Cómo se desarrolló el proceso de investigación de La Columna Prestes?*

Primero había que tener una visión amplia del período histórico, y luego del *tenientismo*, porque quedó claro para mí que la Columna Prestes fue el momento culminante de ese movimiento. Contaba con una fuente privilegiada, que era la memoria de mi padre, Luiz Carlos Prestes. Él, en general, tenía buena memoria, y principalmente sobre la Columna. Lo recordaba todo con exactitud, probablemente porque era muy joven en ese período y lo vivió con intensidad. Dos amigos y yo tomamos el testimonio de su vida, pero después tuvimos muchas otras conversaciones con él.

Fue bastante interesante el trabajo con los mapas de Brasil para localizar todos los trayectos por donde pasó la Columna, ver sitios, ríos que ya no tenían el nombre de aquella época. También hay dos libros de contemporáneos: uno escrito por el secretario de

la Columna, quien hizo un reportaje día a día, una especie de diario, pero solo a partir de Paraná; y otro, que lo hizo en relación con el inicio en Rio Grande do Sul. Pero ni uno ni otro autor eran militares; uno era abogado y el otro era periodista, y no estaban directamente involucrados en las maniobras. A partir de estos textos fui entrevistando a Prestes capítulo por capítulo, y él dijo lo que estaba correcto y rectificó los errores. Esto enriqueció la investigación.

Por otro lado, tomé también todos los testimonios posibles de las personas que participaron y sobrevivían. Fui a Rio Grande do Sul, donde vivía la mayor parte de los excombatientes de la Columna, ya viejitos, y recogí sus relatos. También los de los habitantes de las localidades por donde pasó: hijos que recordaban las narraciones de sus padres, e historiadores locales –que no lo son propiamente, pero se consideran como tales. Incluso, los recuerdos de algunos que combatieron a la Columna con los que pude entrevistarme. Eso fue en los años 1987-1988.

Está, además, la documentación escrita. El entonces presidente de Brasil, Artur Bernardes dejó un gran archivo que para cuando realicé la investigación estaba microfilmado en la Universidad de Campinas (São Paulo). Es interesante, porque había una gran cantidad de telegramas que los jefes militares que perseguían a la Columna enviaban al Ministro de la Guerra y este los pasaba al Presidente y pude ver las posiciones de un lado y del otro.

Luego, mucha información de la prensa, que tuvo dos momentos: uno, cuando la Columna estaba en marcha y había censura, pero hubo un diputado de la oligarquía disidente de Rio Grande do Sul que se volvió una suerte de portavoz de los tenientes. Él mismo cuenta en sus memorias que por la noche iba al telégrafo donde tenía gente conocida que le pasaba los telegramas. Luego hablaba en la Cámara de Diputados y, como era Diputado, sus discursos eran

publicados. Él decía en sus memorias que cuando no tenía informaciones inventaba algunas, pero siempre a favor de la Columna. El segundo momento de la prensa es cuando la Columna terminó, en 1927. Había habido elecciones, un presidente nuevo, Washington Luís, quien debido a toda la presión de la opinión pública y la situación de Brasil, concedió ciertas libertades: ni la amnistía, que era una de las banderas principales, ni el voto secreto, pero levantó el estado de sitio y la censura a la prensa.

Entonces hubo intereses muy grandes de las cadenas de prensa de la época de entrevistar a la gente de la Columna. Fueron a Bolivia, un viaje difícil en aquella época pues no había avión ni nada. Los de la Columna estaban casi en la selva, pero la prensa llegaba y los entrevistaba. Hacia 1927, fundamentalmente, se pueden encontrar inmensos reportajes, con muchas fotos, entrevistas a Prestes y otros comandantes de la Columna, soldados, un material muy rico sobre la repercusión de la Columna hasta la década del treinta.

Hay también libros con testimonios, memorias de participantes, de una forma o de otra, del movimiento. Había que trabajar críticamente este material, que aparece listado al final del libro.

*Usted se ha referido a la importancia de «la omisión como dato histórico».*

Sí, porque el historiador tiene que saber cuestionarse lo que está dicho y frecuentemente es más importante lo que no lo está. Además, tenemos el problema de la historia oficial, producida por los intelectuales orgánicos de las clases dominantes, a quienes les interesa promover una interpretación de la historia de acuerdo con sus intereses.

En el caso de Brasil y de la Columna en particular es importante hacer notar que la mayor parte de los comandantes no continuaron siendo revolucionarios.

Al contrario. En cuanto Prestes evolucionó hacia el comunismo, hacia una propuesta de revolución social, ellos se adhirieron a las oligarquías disidentes, a Getúlio Vargas; siguieron la carrera militar, ocuparon cargos de generales. Y Prestes fue muy odiado por haber roto esos nexos.

Pero no se podía hablar de la Columna sin mencionar a Prestes, que era la figura central, y a partir del año 1930 se estableció un silencio sobre el tema, que se volvió total durante las dictaduras, incluso en las escuelas. Después de la amnistía, a partir de los ochenta, se empezó a hablar. Y cuando saqué mi libro, aunque no tuvo gran repercusión, porque la gran prensa no estaba interesada en difundir interpretaciones como la mía, una editorial quiso publicar un resumen destinado a los escolares de quince, dieciséis años, más o menos. Eso me ayudó a divulgar cierto conocimiento sobre el tema, aunque es una difusión limitada, muy limitada.

*¿Cuáles son los aportes del ideario político de Prestes y de la Columna a la teoría de la lucha social en Brasil?*

La Columna expresaba el mismo ideario de los tenientes. No había diferencias. Era muy modesto pero para la época resultó importante. Hoy vemos que tenía un carácter típicamente liberal, el mismo de las oligarquías disidentes, y la palabra de orden, la consigna central, era el voto secreto. Trataba en general de la libertad. En ningún momento defendieron las reivindicaciones de la clase obrera y no habían oído hablar de reforma agraria.

En el caso de Prestes, a diferencia de otros líderes de la Columna, era una persona que por su educación doméstica, por la influencia de su madre, siempre había tenido preocupaciones sociales. Aunque fuera un oficial del ejército, siempre había sido muy sensible a los problemas de los pobres. No tenía

solución para ellos, pero era sensible a estas cuestiones. En la medida en que recorrió el interior de Brasil y vio la miseria tan grande, quedó muy impresionado. Los otros también, pero no se proponían cambios. Él quedó permanentemente afectado por esa realidad. No imaginaba que la miseria fuera de ese orden. También estaba la violencia de los latifundistas. Por donde pasaba, la Columna procuraba hacer justicia: quemaba las listas de impuestos que existían en las prefecturas, hacía una gran hoguera y las quemaba, y por eso contaba con la simpatía del pueblo, que a su vez tenía mucho miedo, porque el discurso liberal del movimiento no correspondía con lo que ellos querían. Ellos querían tierras para poder trabajar. La Columna no reivindicaba esa causa.

Pero Prestes llegó a la conclusión de que aquel ideario liberal de los tenientes no iba a resolver este problema y propuso a la dirección de la Columna –y después hablaron con los soldados– que era mejor terminar. Después podrían continuar, pues aquella táctica del movimiento les permitiría seguir luchando. Fue cuando se dirigieron a Bolivia, y su perspectiva era esta: estudiar, desentrañar las causas de esta miseria y buscar cómo solucionarlas.

*¿Cómo se produce el trayecto de Prestes hacia el marxismo?*

En Bolivia tuvieron que trabajar duro, porque estaban totalmente sin dinero, sin ropa, en una situación muy precaria. Consiguieron emplearse en una empresa inglesa que abría carreteras en medio de la selva. El objetivo era ganar dinero para asegurar el regreso de los soldados a sus puntos de origen. Los dirigentes no podían volver porque serían detenidos, a no ser que lo hicieran clandestinamente. Fue por esa época cuando el entonces secretario general del Partido Comunista de Brasil, Astrojildo Pereira, viajó a Bolivia para intentar una alianza con

los tenientes, quienes constituían la fuerza política más destacada del país. Pereira llegó con una maleta de libros marxistas para Prestes, los primeros libros marxistas que recibió. Conversaron mucho. Prestes tenía curiosidad por la Unión Soviética porque Astrojildo había estado varias veces allá, pero no llegaron a ninguna conclusión. Se trataba del primer contacto.

Prestes comenzó a leer marxismo en condiciones muy precarias. Había mosquitos terribles en aquella selva, paludismo. Muchos enfermaron, incluido él. La situación era bastante adversa pero leyó, según parece, *El Estado y la revolución*, de Lenin.

Cuando se resolvió el problema de los soldados, viajó a Buenos Aires. Era el año 1928. Había una situación económica difícil y tuvo que hacer de todo: vender café, escobas, para sobrevivir con mucha dificultad. Estudió más, aprovechando que en Buenos Aires había librerías muy buenas. Entró en contacto con el Partido Comunista Argentino, que era bastante fuerte en esa época. También estableció vínculos con otros dirigentes comunistas de la América Latina, porque toda esta gente confluía en Buenos Aires, donde estaba el Buró Latinoamericano de la Internacional Comunista. Él fue pasando un proceso de asimilación del marxismo, como un «nuevo cristiano».

Luego consiguió un empleo en Santa Fe, en la construcción de carreteras. Era ingeniero militar y pudo trabajar como ingeniero civil. Empezaban a las cuatro de la mañana hasta el mediodía. Luego almorzaba, descansaba y estudiaba hasta la noche. Marxismo. Estaba más tranquilo que en Buenos Aires, adonde iban a buscarlo todos los políticos brasileños desde que llegó y no le daban descanso. Cada uno quería atraerlo para su causa. Él, prudente, escuchaba y procuraba no comprometerse.

En 1929 se formó una coalición electoral de oposición, la Alianza Liberal, para los comicios de marzo

de 1930. Getúlio Vargas era el hombre, y esta alianza hizo de todo para atraer a Prestes, pero él no aceptó. En esa época las comunicaciones eran muy inseguras. Él mandaba telegramas a representantes del *tenientismo* que estaban en Río de Janeiro diciendo: «desmienta que apoyo a la Alianza Liberal», pero no lo hacían porque estaban interesados en su influencia. La campaña de la Alianza Liberal, principalmente en el nordeste de Brasil, se basó en las banderas de la Columna Prestes. La gente pensaba que él estaba apoyándola, y no era así.

En Santa Fe leyó *El capital* y otros libros marxistas. Decía que había tenido que virar su cabeza al revés, porque toda su formación como militar era una concreción del Estado de acuerdo con las teorías burguesas. Luego descubrió en Lenin otro concepto del Estado. Años más tarde escribió un artículo interesante acerca de ese proceso, sobre cómo se volvió comunista y el esfuerzo que tuvo que hacer para abandonar una serie de ideas consolidadas y adoptar otras. Pero lo hizo con mucho entusiasmo.

En mayo de 1930 rompió oficialmente con los tenientes, lanzando un manifiesto en que no dice que es comunista, pero adopta las posiciones del Partido Comunista. Lo interesante es que la organización lo repudiaba, pues lo seguía considerando un líder pequeñoburgués, un caudillo muy peligroso. Sin embargo, lo recibieron bien en el Buró de la Internacional Comunista, donde estimaron que podía ser importante para el movimiento comunista. Cuando Getúlio subió al poder, Prestes perdió su empleo en Santa Fe, pues –según supo entonces– el dueño de la compañía era un rico capitalista brasileño que le había dado el empleo para aproximarlos a la causa de las oligarquías.

Entonces sobrevino un golpe de Estado en Argentina, fue arrestado y prácticamente lo expulsaron. Tuvo que trasladarse a Uruguay, donde hizo

muchos contactos, incluso militó un tiempo en el Partido Comunista. Pero su situación económica era muy difícil. A Brasil no podía regresar, porque repudió la amnistía propuesta a los *tenientistas* por Getúlio Vargas. Prestes era un nuevo comunista muy sectario.

Su madre y sus hermanas habían ido a Buenos Aires poco antes del golpe de Estado en Argentina y de la revolución de 1930 en Brasil. Luego, toda la familia quedó desempleada, y en medio de esa situación muy crítica lo invitaron a ir a Moscú, donde necesitaban ingenieros que ayudaran en las obras del primer plan quinquenal, porque gran parte de los ingenieros rusos se había ido del país. Allí podría estudiar marxismo y tener contacto con el movimiento comunista internacional, así que aceptó, con la condición de llevar a la familia. La madre, sus cuatro hermanas y él fueron a Moscú. A mi abuela la llamaron loca, pues afirmaban que era riesgoso llevar a sus hijas solteras a Moscú, donde, según decían, las mujeres eran colectivas. Ella confiaba en su hijo y respondía que si él era comunista y opinaba que había que ir a Moscú, lo seguía. El anticomunismo, el antisovietismo, eran terribles en la época. Ser comunista era como ser el demonio.

*Veo su relación con esta historia en dos sentidos: usted historiando ese momento de la Columna Prestes, y al mismo tiempo tratando de entender, de conocer aspectos esenciales de su padre, de su madre Olga Benario Prestes, a quien no pudo conocer, algo que debió ser vital en su formación. ¿Me puede hablar de su relación con la historia de su padre y, a través de él, con la de su madre?*

Fui criada, educada en México por mi abuela y mi tía. Mi abuela Leocadia murió cuando yo era muy pequeña, tenía solamente seis años, pero mi

tía Lygia fue una persona muy importante en mi vida, porque ella desde el inicio, junto con su madre, me habló sobre la vida de mis padres. Desde muy chiquita tuve información al respecto. Había fotos de los dos en la sala de nuestra casa. Todos me decían quiénes eran, por qué estaban detenidos, por qué estaban lejos. Leía las cartas que escribían. Fui educada en este ambiente, en un proceso más o menos natural. Mi tía siempre insistía en decirme que mi situación no era la peor, por el contrario; había muchos otros niños que habían muerto o estaban en campos de concentración, que pasaban hambre. En fin, que yo era una persona privilegiada porque había sido salvada de morir en la cárcel.

Sentía una solidaridad enorme. Siempre conté con un apoyo muy grande, no solo de la familia, sino de los compañeros, de los amigos. Aquí en Cuba, cuando estuvimos en 1943 como parte de la campaña Prestes para la liberación de los presos políticos en Brasil, recibí cantidad de regalos, demasiados. Incluso cuando se supo, en 1945, que mi madre no regresaría —había alguna esperanza porque mucha gente se salvó de los campos de concentración—, eso no fue un gran choque para mí. Hubiera deseado conocerla, pero mi madre era Lygia, era la única referencia familiar que tenía en México. Para mi padre fue un golpe muy duro saber que Olga estaba muerta. Para mí no. Sinceramente no, aunque me hubiera gustado compartir con ella.

Cuando fuimos a Brasil en 1945, cuando conocí a mi padre, era un momento de gran entusiasmo popular, de libertad. Mi padre fue senador de la República, el más votado en aquella ocasión. Había una simpatía muy grande del pueblo hacia él y hacia mí, que era la hija de Olga y había pasado toda aquella tragedia. El pueblo brasileño es parecido al cubano, muy sentimental. Me rodeaban de mimos. La cantidad de regalos que recibí: muñecas,

peluches... de todo lo imaginable; vestidos, ropas, zapatos... un cariño muy grande. Esto era muy peligroso para la educación de una niña, y mi tía Lygia estaba muy atenta. Me decía que eso era un homenaje a mis padres, a mi madre, y me conminaba a hacer algo por mí misma: a estudiar, a compartir aquellos regalos. Y lo hicimos, con la familia, porque yo tenía primos, o con los niños pobres de la calle donde vivíamos.

Esta posición fue muy importante para mi formación: comprender que era una niña como otra cualquiera y que aquellos homenajes se debían a la historia de mis padres. Y que tenía una responsabilidad grande, debía estudiar bien, ser una persona modesta, tener mi propia vida. Algunas personas, incluso mis otras tías, que también eran muy buenas, la criticaban, le decían que era excesivamente rigurosa conmigo. Pero creo que fue muy buena esa disciplina, mirar a los otros, a los problemas que tienen los otros.

Después, en la vida adulta, pude entender mejor una cantidad de cosas interesantes. En los últimos treinta años de la vida de mi padre me convertí en una cercana colaboradora política suya. Le gustaba contar los episodios de la Columna. Era una persona muy comunicativa. Creo que aproveché bien esa posibilidad. Él hablaba mucho de mi madre. Gran parte de lo que se sabe sobre ella ha sido contado por él. Y se emocionaba cuando hablaba de ella.

*¿Cree usted que esa educación y ese compromiso influyeron en la elección de convertirse en historiadora?*

¿Sabes que primero no fui historiadora? Estudié en la Unión Soviética, regresé a Brasil y la perspectiva era luchar en la clandestinidad, pero la situación había cambiado, no tenía sentido y podía estudiar. Entonces me interesé por la Química, desde

donde veía una perspectiva interesante. Me formé en Química industrial, y ya en los últimos años de la Facultad estaba haciendo prácticas en una empresa de Petrobrás, una fábrica de goma en las cercanías de Río de Janeiro. En esa época me interesaba la sustitución de aditivos, que eran todos importados por las multinacionales. Se trataba de investigar para producirlos en Brasil. Al mismo tiempo, era una gran empresa y tenía un sindicato poderoso, donde podía hacer el trabajo político.

Pero terminé la facultad en el año del golpe, 1964, cuando fue derribado João Goulart. No había la menor perspectiva de trabajar en Petrobrás, pues los comunistas habían sido echados de ahí. Intenté trabajar en otras empresas, pero estaban todas ligadas a las multinacionales y nadie me daba empleo. Era hija de Prestes y eso me marcaba.

Después fui participando cada vez más en el trabajo clandestino y político del Partido, me fui apartando de la Química. Al final tuve que exiliarme porque la represión era muy fuerte. Con la ayuda del Partido conseguí salir y fui a la Unión Soviética. De 1973 a 1979 me quedé en Europa, primero en la Unión Soviética y luego en Francia, en la actividad del Partido. Cuando regresé a Brasil empecé a estudiar Historia.

*¿Entretanto, dónde estaba su padre?*

En Moscú. Desde 1971 el Partido había resuelto que una parte de la dirección debía ir al exilio, porque la represión era muy fuerte. Varios dirigentes del Partido están hasta el día de hoy desaparecidos.

*Se iniciaba ese período de las dictaduras en el Cono Sur.*

Sí, en Brasil comenzamos en 1964, pero luego se extendió a otros países. Incluso, los compañeros que estaban exiliados en Chile tuvieron que irse porque

vino el golpe militar de 1973 allí, y se fueron a México, a Europa.

*Entre la realización de La Columna Prestes en español y la salida del libro pasaron veintiún años. ¿Ha aparecido algo que falte en esta edición para el público hispanohablante?*

El libro permanece, pero surgieron algunos documentos sobre la Columna que he publicado en un artículo. Los había guardado con su familia en Ceará uno de los comandantes de la Columna, Juares Távora. Él murió hace años. Se había convertido en un anticomunista furioso, y cuando yo estaba haciendo la investigación en los ochenta intentamos contactar con su viuda, con su familia, para revisar esa documentación. No hubo manera. Y tampoco entregaban los documentos a ninguna institución. Bastantes años después, a finales de los noventa, ella murió y los hijos los donaron a la Fundación Getúlio Vargas. Fue entonces cuando tuve acceso.

Uno o dos de ellos revelan que hubo una preocupación, cuando la Columna iba por el interior del Brasil, con el problema agrario. También, un contacto —que sabía que había ocurrido pero no tenía evidencias— con el Partido Comunista, cuando la Columna pasó por Piauí. En la capital de Pernambuco había una organización del Partido Comunista con una fuerte influencia sobre el movimiento obrero. Sus miembros, junto a los militares locales más jóvenes, estaban organizando un levantamiento popular con el apoyo de la clase obrera. Sabiendo que la Columna estaba en Piauí, mandaron emisarios para solicitarle que se aproximara y apoyara el levantamiento. La respuesta fue que sí, que marcharían en dirección a Pernambuco. Incluso mandaron un manifiesto que es el único que toca problemas relativos al movimiento obrero. Es de inicios de 1926. Cuando llegaron a Pernambuco

enviaron un pelotón porque no habían tenido más noticias, y supieron que el levantamiento sucedió y fue derrocado. No quedaba nada por hacer. Entonces, no fueron a Recife.

Fuera de eso, no apareció nada muy nuevo, salvo esa cierta sensibilidad ante el problema de la tierra, que afectaba al interior de Brasil, donde había relaciones casi feudales, la gente no tenía dinero y tenía que comprar los productos en la tienda del latifundista.

*En su opinión, ¿qué contribución hace esta memoria, la que se va construyendo y leyendo por minorías, pero que se asienta de algún modo en la memoria colectiva, a la construcción de la identidad de un país?*

Creo que es importante. En un seminario acerca de Gramsci hace algún tiempo en Río de Janeiro hablé del historiador comprometido con los movimientos populares. Justamente se trata de eso: del combate a la historia oficial; del papel que los historiadores de izquierda, progresistas, no obligatoriamente comunistas, pueden desempeñar en la creación de otra historia que contribuya a la construcción de una contrahegemonía, porque la burguesía y las clases dominantes construyen su hegemonía utilizando sus intelectuales orgánicos, quienes elaboran, entre otras cosas, una historia oficial que ayuda a reproducir el sistema. Esto se difunde principalmente a través de los medios y la escuela. El papel del historiador y de los intelectuales progresistas es que pueden construir una contracultura comprometida con la evidencia.

Creo que hay en la América Latina en general, y también en Brasil, intelectuales jóvenes que trabajan en el sentido de elaborar historias y memorias que se contrapongan a la visión oficial. Hay mucha gente, en diferentes corrientes, que busca un cami-



no hacia otra historia comprometida con los intereses populares, de los oprimidos. Está ocurriendo. Cuba es una situación diferente, porque la historia oficial es la de una Revolución popular que triunfó, pero en los países que vivimos en el capitalismo siempre fue así y continúa siendo.

La diferencia es que en estos días las clases dominantes tienen instrumentos más sofisticados para producir este consenso y garantizar su hegemonía: la televisión, internet, los medios impresos. Los periódicos de la gran prensa brasileña son prácticamente impenetrables. No publican nada, hacen silencio. A veces se consigue penetrar la televisión. En internet podemos lograr más. Hay que aprovechar las brechas del sistema para construir una contrahegemonía. Es difícil, demora. Incluso hay mucha resistencia, porque en la medida en que eres un historiador, un intelectual, que no transiges con las ideas dominantes, vas a ser discriminado. Yo lo soy. Mis libros no son divulgados. Entonces, para que la gente sepa está la web, o la difusión boca a boca. Es una discriminación silenciosa, pero existe.

*Hace varios años le escuché decir a un grupo de periodistas brasileños que Brasil era un país sin historia.*

Bueno, en Brasil se conoce muy poco la historia nacional, porque incluso crearon una teoría en las escuelas de que antes se «adornaba» demasiado la enseñanza de la historia, se llenaba de citas, de nombres, y que había que explicar, no adornar. Como resultado, la gente no sabe ni una cosa, ni la otra. Los datos generales sí: que es feriado, pero lo que ocurrió, ya no se sabe. Incluso la prensa no destaca estos temas. Antes, en fechas importantes, los periódicos hacían artículos, publicaban suplementos; ahora no. En la universidad, los alum-

nos que vienen a estudiar historia están muy mal, porque la base de la enseñanza es pésima. Hay una ignorancia que asusta. Y no se limita solo a la historia.

Después de veinte años de dictadura, quedó muy poco espíritu crítico, incluso en la universidad. Tiempo atrás, cuando impartía clases, les decía a mis alumnos: ustedes son estudiantes universitarios de Historia, de Ciencias Sociales, por lo tanto, deben tener críticas. Pero la gente lo acepta todo pasivamente. El profesor, el libro, lo dicen, entonces es así. No hay cuestionamiento. Hay excepciones, pero de forma general es lo que sucede. Sin embargo, pienso que poco a poco más intelectuales se incorporan a la labor de cuestionar la historia oficial, todo aquello que nos es servido por los intelectuales orgánicos al servicio de la burguesía. Existe fundamentalmente una juventud que está buscando caminos en este sentido.

*Teniendo en cuenta las complejidades para difundir el pensamiento brasileño en nuestro continente por las diferencias idiomáticas, ¿qué contribución cree usted que realizan premios como el de Casa de las Américas al ámbito, en este caso, historiográfico?*

Este premio es muy prestigioso. Una buena cantidad de brasileños lo han recibido. Creo que es muy importante la publicación, porque puede llegar al público de lengua española, que es la mayoría de los pueblos latinoamericanos. Las dos ediciones de *La Columna Prestes* en español –recientemente ha sido publicado en coedición por El perro y la rana, de Venezuela, y el Fondo Editorial Casa de las Américas–, serán importantes para que los latinoamericanos conozcan este movimiento que es parte de nuestra historia, de la América Latina. **C**